

# DE LECTURAS

(tarde, por Nora Lange)



Nora Lange

## CIUDAD

La vía se extiende  
 inmóvil como un recuerdo  
 sobre la tristeza muda de las calles.  
 La ciudad deletra su vida  
 con un grito de acero.  
 El bulicio se da  
 a las ventanas abiertas  
 como un éxtasis.  
 El poniente no mira a las ciudades.  
 La calle está sembrada  
 de horizontes metálicos.  
 La obscuridad  
 anida en los hilos  
 y todo el atardecer  
 hunde su ponn  
 en el vacío.

Los días claros  
 como un rosario de cuentas blancas.  
 El dolor de la luz  
 de un tren noctámbulo.  
 El arrabal acostado como una cuerda inmóvil  
 sobre la paz de los caminos  
 La luna se ha enrosando  
 a los árboles.  
 Las sombras sangrientas de azul  
 como tu soledad y la mía.  
 Te llamo por tu nombre  
 Tú.

Nora LANGE.

## La oratoria del hombre confuso

Dedicado al Dr. Pedro Figari. Leído por el poeta E. Fernández Latorre en el banquete en que el notable pintor fué condecorado a inspiración común de MARTIN FIERRO, "Proa" y "Noticias Literarias".

El uso de la palabra es travestura que me ha costado una contrariedad por vez. Favorecíame certera y prontamente—como el tratamiento que dejó de seguir el extinto—con el efecto de que el encontrarme en casa luego pareceme recuerdo de resurrección: un bienestar de sobreviviente tras malestar de persona que está naciendo. Sólo aquellos de nosotros que han nacido pueden pasarse de explicaciones acerca de la minuciosidad con que estuve revisándome para certificarle si mi totalidad contaba todavía con un porvenir, si mi presencia en el hogar era completa y tal que pudiera sostener mi voz en el tono autorizado con que debe pedirse el vaso de agua y de ánimo al delantal de la mucama de sueño atrasado un muerto interrumpido. La primera vez de cualquier cosa debiera venir después de unas cuantas; para evitar contradicción en los términos, bastará trocar su designación numérica por una algebráica, llamarla alfa. Yo no lo pensé, y me dirigí sin ensayo a la señorita que pasaba (para que una señorita pase es preciso estar sentado a una mesita de bar de las que, en verano se salen a la vereda: allí estaba yo y en ese mismo bar) y le dije esta sola palabra: "Leve como velo de nube del pincel de Figari; bella como el acarar con un asiento lleno de uno mismo en un tranvía lleno de otros; ojos negros como la pena del que no los ha visto, ¿por qué tu andar te aleja de mí si bastaría detenerlo para que la latitud de nuestra separación cesara de crecer..." Pensaba extenderme sa-

tisfactoriamente sobre las consecuencias geométricas que fluyen de la posición recíproca especial tan bien preparada por mis palabras, cuando un golpe, rectilíneo posiblemente, hizo dos mitades de mi elocuencia y aun tuve que dividir ésta con un vigilante que se había tenido oculto en mitad de la calzada haciéndose notable por grandes señas a cuanto movimiento estorpeable y estorbable divisaba.

En la comisaría no estaba la señorita; no supe nada de ella; yo había acudido a informarme de su paradero acompañado al principio por el primer aparecido de los agentes, de quien me despedí a la cuadra: no se me abandonó nunca; diversas personas uniformadas tuvieron inmenso gusto, me lo declararon, en ascenderme hacia la comisaría, desearos de que yo no confundiera las calles que a ella conducen con las que llevan a mi casa, donde nada me habrían podido noticiar de aquella joven.

El dolor que sentía en aquel de los hombros arriba del cual pende una oreja no era de muelas ni de la primera dentición sino del primer uso de la palabra. A mí me parecía que una vereda completa de las de frente a Plaza Congreso me había acertado en la elección. Si yo hubiera podido encontrar un reemplazante instantáneo de mí un segundo antes del golpe... Pero estos reemplazantes, suplentes, que todo quijoso se inscriben para las vacantes, no aparecen cuando se los busca para ayudarlos.

Hubiera dado cualquier distancia por no estar allí y a ratos sospechaba habermelo caído detalladamente cuatro metros seguidos desde una azotea, sin saltar ninguno. He notado que por fuera todos los pisos son corridos.

Mantúvome reservadísimo por años sin aludir a mi éxito retórico, no queriendo exponerme a deslucirlo con ejecuciones verbales inferiores.

Pero en un movimiento político del cual yo ocupaba la acera—siempre las veredas me han dejado en la calle—pronuncié el siguiente discurso de despedador: "Viva el Presidente General Cristóbal Colón Avellaneda". Al instante de terminarlo me ví rodeado de una baratura de bastones como no es de creer dado el alto costo de la mano de obra, los que estaban ya levantados, de modo que, hecho el trabajo principal, nada era bajarlos a favor mío y de la ley de gravitación de las manzanas universales mondada por Newton. Por esta vez me reemplacé yo mismo; con celeridad inapreciable hice ausencia de mi presencia y molestia de mi engreimiento. Veinte regatones saltaron golpeados en el suelo, punto de cita de todos los yerros, igualador de punterías. Me extrañó la conducta picapedrera, aquel campoanto, aquella emulación de caridad por mí, aquel despilfarro. La gente siempre ha cuidado sus varitas.

Me alojé de aquel tiro federal, pero sépase de las varitas que en días de lluvia y una vez extraviadas en el tranvía se llaman paraguas, pues cuando ocurrieme perder casi todo mi bastón, a causa de la ocupación de hacer pasar antes que yo por la estrecha portezuela del subte, el buen sobretodo que llevaba puesto para vigilarlo de atrás, lo encontré hecho un buen paraguas, a falta de bastón, en la gerencia. Por lo demás, a un bastón nuevo le queda bien haberse extraviado una vez: es para él la aventura de juventud y uno debe procurársela. Aunque más cómodo sería que los vendieran ya extraviados. Y aun las librerías nos ahorrarían trabajo si algunos libros los expendieran ya leídos. Mejor todavía, tratándose del buen libro, que nos lo vendieran ya devuelto por los amigos prestatarios.

Réstame explicar el origen de los pequeños errores de mi discurso que tanta sportividad provocaron. Tuve siglos antes uno preparado de encargo para recibir a Colón en su segundo viaje que efectuaba bajo instrucciones de hacer cuanto antes el descubrimiento de América, no fuera que los nativos lo verificaran primero que él. Pero, como sucede con estos pascos apurados, muchos quedan sin hacer; y hoy los historiadores han establecido que no hubo segundo viaje de Colón sino únicamente el primero y el tercero. Recordemos de paso que si el itamo de Panamá, así como era todo de tierra hubiera sido todo de agua, el descubrimiento de América se habría realizado en China, donde a Colón se le esperaba todos los domingos.

Aquel discurso no pudo, pues, ser aprovechado, y ahora su texto en parte se me enredó con las palabras que hubieran sido de oportunidad.

Tan infelices experimentos oratorios me han disuadido. Dr. Figari, no obstante la admiración y afecto que quisiera atestiguaros, de dirigiros una sola palabra en el acto de homenaje que os tributamos.

Macedonio FERNANDEZ.